

LA RECONCILIACION DE LOS SABERES
CARLOS LOPEZ BELTRAN

Edgar O. Wilson,
Consilience, the Unity of Knowledge,
Alfred A. Knopf,
Nueva Cork, 1998.

A sus CASI 70 AÑOS Edward O. Wilson debe contarse entre los hombres más sabios de nuestros tiempos. Su trayectoria como científico y pensador es a la vez asombrosa y ejemplar. Es uno de esos individuos que en una sola vida de investigación y reflexión obtiene resultados de una cantidad y calidad que otros no acumularían en diez.

La figura pública de Wilson ha sufrido altibajos abruptos, sobre todo desde la espectacular polémica que causaron en los años ochenta sus intentos de establecer una nueva e invasora disciplina con la sociobiología. Vitupereado, mal leído y comprendido, pero también rijoso e intransigente a ratos, Wilson ha tendido una mala prensa, sobre todo entre humanistas y científicos sociales, quienes lo caricaturizan como un evolucionista rígido, conservador y palurdo que no distingue entre las hormigas, de las que sí sabe, y las sociedades humanas, a las que ignora desde su laboratorio de cristal en Harvard. Esta, hay que decirlo, es a menudo una reacción defensiva torpe, ante la percepción de una "amenaza" que no se comprende del todo: la mirada del biólogo evolucionista sobre las sociedades humanas. Consilience... es de algún modo la rama olivo que Wilson extiende a sus detractores con la intención de ahora sí darse a entender. En él presenta las elaboradas razones por las que piensa que hoy más que nunca las comunidades interesadas honestamente por el saber deben unirse para continuar y concluir el proyecto de los sabios de la Ilustración. La naturalización y secularización de nuestro conocimiento del mundo natural promovidas por la revolución científica deben, bajo sus luces, completarse con una final unificación en una gran malla de explicaciones que integre lo microfísico con lo cósmico, y sobre todo lo físicobiológico con lo histórico-humano. Es de la descripción de cómo ve él esta enorme malla metafórica de lo que se ocupa Wilson en este libro, sobre todo de la articulación más problemática; la que integraría nuestra comprensión del fenómeno humano en todas sus dimensiones al campo más amplio de la vida estudiado por la biología. Es decir, Wilson no ha quitado el dedo del renglón, pero esta vez ha convocado un complejo juego de luces para que lo miremos como el.

Consilience... es un libro relativamente breve para la extensión del arco que surca. La ambición del autor se justifica cuando, al cerrar el libro nos damos cuenta de su larga y elaborada unidad de intención. Todo el despliegue de conocimiento de Consilience... es un muy detallado y bien construido manifiesto a favor de hacer de la biología un eje unificador de nuestras representaciones y de nuestra vida en general. La invitación que el libro contiene se podría resumir diciendo: asumamos franca y abierta, pero cuidadosamente, las consecuencias de que el ser humano es sólo y simplemente una especie biológica, cuyos rasgos y predisposiciones de todo tipo son producto de su historia evolutiva. Que hay una malla causal que va desde la historia de los eventos selectivos que sortearon los genes que confluyeron en homo sapiens hasta las manifestaciones más sutiles y elaboradas del espíritu humano.

La pasión principal de Edward O. Wilson ha sido las grandes unificaciones. Desde su controvertido y estimulante Sociobiología, la nueva síntesis, pasando por su colaboración con Bert Holldobler en el espléndido libro (debería decirse enciclopedia) sobre las hormigas y su ambicioso ensayo Biophilia, hasta Consilience..., Wilson ha mostrado tener una mente capaz de ordenar e integrar cantidades enormes de datos e ideas en esquemas unificados y relativamente sencillos. Su talante parece detestar lo parcial, lo limitado, aquello que se satisface de conocer un terreno con lindes definidos. Su impulso analogizante y su optimismo científico lo llevan a intentar expandir los dominios de lo explicable y a integrar bajo esquemas comunes explicaciones aceptadas previamente como distantes. No considera el reduccionismo en la ciencia sólo una estrategia de investigación sino un precepto inescapable debido a la estructura misma de las redes causales del mundo.

Uno de los principales defectos de Cons/hence..., que ha sido señalado por algunos filósofos como John Dupré, es que Wilson maneja a lo largo de su texto sentidos tan diversos y hasta contrarios de la idea de unificación del conocimiento que llega a producir confusión, sobre todo entre quienes tienen un temple analítico y no comparten con él las intuiciones y emociones profundas que lo motivan. La impresión subjetiva e intensa de que la naturaleza tiene que ser capturable bajo una única y hermosa visión conceptual ha sido una constante entre los científicos naturales. Pero también ha habido pensadores y científicos ilustres que han tenido la impresión opuesta, a menudo igualmente subjetiva, de que al surgir nuevas ciencias, que delimitan, parcelan y recortan aspectos del mundo natural y social de modos inconmensurablemente distintos, se generan islas de conocimiento y prácticas refractarias entre sí tanto sincrónica como diacrónicamente, de modo que no hay reducción o asimilación posible. La única regla normativa que aceptan para relacionar creencias de espacios distintos es la relación débil de coherencia.

Por periodos se ha pensado que la unidad ontológica tendría como reflejo una unidad en el orden del saber, de modo que las ciencias más fundamentales, como la física, terminarían por cobijar explicativa y descriptivamente, a todas las demás ciencias de conocimiento, en una especie de encajonamiento secuencial como el de las matrushkas. Los positivistas lógicos fueron quizá los últimos abanderados de este sueño de reducción cabal. Wilson elude sabiamente la tentación de retornarlo (ya que es insostenible bajo la evidencia de la historia y la lógica) apelando al famoso concepto del filósofo decimonónico inglés William Whewell de "consilience of inductions". Whewell usó esta idea para mostrar cómo los hallazgos científicos adquirirían objetividad al converger, desde distintos ángulos, en los mismos resultados, las mismas regularidades de fondo. Lo cual posibilita integraciones (que no necesariamente reducciones) de dominios distintos bajo un mismo esquema de conceptos. Whewell escribió en la época más optimista respecto a la unidad, y fue totalmente reacio en su tiempo a la introducción de esquemas explicativos probabilísticos e indirectos como la selección natural de Darwin. Wilson ahora rescata aquella inteligente noción de "consilience" (de traducción difícil al español, hay quien usa conciliación, quien usa convergencia, quien coincidencia) y trata de mostrarla como la alternativa a la imposible "reducción" total, así como a la simple y tibia "coherencia" que otros prefieren.

Wilson por ejemplo cree que en gran medida ha sido posible integrar una gran parte del conocimiento científico, y que si seguimos sus consejos terminará por integrarse del todo,

de modo que "las explicaciones se unan en el espacio desde la molécula hasta el ecosistema, y en el tiempo desde el microsegundo hasta el milenio". La imagen que lo motiva es hermosa, pero es sólo eso, una imagen. Wilson parece a veces pensar que es posible (o deseable) de veras articular efectivamente en una descripción dada, accesible a un ser humano, los detalles causales que llevan de los eventos cuánticos en un átomo de una molécula de ATP en una mitocondria en una célula en un niño que patea una pelota en un campo de fútbol de su primaria mientras su familia lo observa orgullosa porque representa a su escuela que está en un distrito pobre de la ciudad más contaminada del mundo donde los efectos climáticos del Niño han ocasionado inundaciones que harán que el regente pierda las elecciones del año entrante y cambie la historia del país... Como muchos filósofos "cautos" de los que irritan a Wilson, yo no le creo. Pero admiro, y en momentos líricos comparto, su entusiasmo por las imágenes de integración que inspiran las ciencias, y que sin duda son uno de sus principales motores.

Creo sin embargo que el alegato por la unificación general del conocimiento de Wilson de las primeras secciones de su libro es como un preámbulo retórico para las secciones más interesantes para él, y para nosotros. Estas son las que tienen que ver con la integración de las ciencias sociales y las humanidades a la perspectiva y actitud explicativa de la biología evolucionista. En opinión de Wilson, la barrera más reacia a la integración y convergencia general de nuestros conocimientos está ubicada precisamente en esa espesa y confusa interfase. Las recurrentes y estériles disputas entre humanistas y científicos, entre culturalistas y hereditaristas, entre fragmentadores y unificadores, se deben a los espejismos y confusiones que pueblan esos espacios. La interacción entre biólogos, médicos, antropólogos físicos por un lado, y sociólogos, antropólogos sociales, economistas, filósofos por el otro, podría ser mucha más constructiva si se establecieran clara y objetivamente los términos de las relaciones causales entre sus respectivos objetos de estudio. Para Wilson esto significa aceptar la acción forjadora de la evolución por selección natural de nuestras predisposiciones innatas; que "los genes paleolíticos (...) se quedaron en su sitio y han seguido prescribiendo las reglas fundamentales de la naturaleza humana (...) han cargado la naturaleza humana hasta traerla al caos de la historia moderna". Aceptar el rol de esos genes en construir nuestros cuerpos y constituir nuestros espíritus posibilita asimismo elucidar las tendencias y reglas adquiridas en nuestra prehistoria que son las bases comunes sobre la que se construyen y despliegan esos deslumbrantes y polimórficos edificios de nuestras costumbres y culturas. La coevolución de genes y cultura, es decir, la manera en que las culturas han desplegado, ahondando o restringido las reglas interiorizadas ("tableadas") de nuestra humanidad, es el conocimiento que nos falta. Y Wilson hace un esfuerzo deslumbrante por hacer ver cómo podría teorizarse con cada vez mejores resultados sobre ese fenómeno. Hay una dosis de voluntarismo (*wishful thinking*) en su forma de plantear los problemas y proponer soluciones a futuro, pero su erudición e inteligencia en verdad logran sugerir caminos y abrir opciones realistas (no dogmáticas), aceptando honestamente la posibilidad de un fracaso estruendoso. El recorrido causal de los genes (o poligenes) hacia la cultura, la historia, la ética, el arte, exige una apertura hacia definir y delimitar espacios de amortiguamiento causal, e independencia relativa. Wilson lo reconoce y postula soluciones interesantes como la existencia de distintos tipos de "reglas epigenéticas" controladas a menor o mayor distancia por la "correa epigenética", reglas que a su vez establecen el menú de las predisposiciones y preferencias de la especie humana. Haciendo confluír en este tipo de conceptos la

información empírica de los genético por un lado y de lo cultural por el otro, tendremos una idea cada vez más precisa de la compleja trama causal. Wilson usa, en todo esto un poderoso pensamiento analógico, y a menudo peca de apresurarse a reificar sus metáforas. La parte más convincente la aportan algunos de sus bien escogidos ejemplos, y la acumulación de datos convergentes. Hay, es claro, muchísimo espacio para interpretar de otras maneras sus casos, y para cuestionar su confianza en la eficacia de su aproximación. Lo que no se puede sin embargo es dejar de reconocer la importancia y excelencia del esfuerzo creativo detrás de este libro. Al final lo que más se agradece es la posibilidad de adentrarse al mundo complejo y sin embargo prístino en el que habita este serio y emocionado pensador. Un mundo mucho más rico y multidimensional que el de otros escritores y pensadores contemporáneos. Lo ignoraremos para nuestra pérdida.